



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Somos templos de Dios

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 2, 13-25 (3^{er} Domingo de Cuaresma - Ciclo B –4 de Marzo de 2018)



La mayoría de los gestos proféticos de Jesús, nos decía hace algunos años José Arregui en Loyola, son para anunciar la compasión y la misericordia de un Dios que se vuelca en favor de los últimos, de los preferidos del Padre. Otros gestos proféticos, como el que nos narra el Evangelio de Juan de este domingo, los hace para dejar ver a sus interlocutores la indignación que le produce ver cómo la vida de las personas o las “cosas” de Dios

son tratadas con desprecio o sin ningún asomo de respeto.

Tratemos de imaginar la escena y veamos por qué Jesús se indigna al ver el panorama que presenta el templo de Jerusalén.

Una mirada indignada sobre el templo. El lugar sagrado por antonomasia para su pueblo se ha convertido, por cuenta de los mercaderes y de los cambistas, en una feria donde el ritmo frenético de los negocios y las voces estridentes de los publicistas de entonces ahogaban la voz de Dios que, como la describe el libro de los Reyes, se percibe en el susurro de la brisa suave y en la intimidad del corazón de quienes se disponen a escucharla con atención y no en la algarabía que genera el consumo desbordante y el lenguaje de la cultura del espectáculo.

El recorrido por cada uno de los rincones del templo va convirtiendo la *mirada indignada* de Jesús en una *acción transformadora* que permitirá que el templo recobre el cometido para el que fue construido: ser el lugar privilegiado para que la comunidad tenga un encuentro íntimo con el Dios de la vida y de la historia.

Nuestros templos actuales también podrían suscitar en Jesús una mirada indignada cuando los convertimos en lugares donde lo religioso es simplemente un pretexto para el encuentro social. ¿Cuántas bodas, bautismos y comuniones hemos celebrado en las que el sacramento es eclipsado por una nube de fotógrafos, de diseñadores de modas o de músicos que, lejos de acompañar el rito, se vuelven parte del rito?

Es muy probable también que la mirada de Jesús se entristezca al presenciar algunas de nuestras celebraciones en las que la norma litúrgica puede llegar a apagar el espíritu de

quienes se reúnen a conmemorar el paso de Dios en sus vidas. ¿Cuántas veces, en favor de la ortodoxia litúrgica, se coarta la creatividad y la espontaneidad de sacerdotes y fieles haciendo fríos e inexpresivos nuestros encuentros celebrativos? ¿Cuántas veces fijamos más nuestra atención en ver si los “curas” celebran de acuerdo con la “rúbrica” y dejamos pasar de largo el mensaje del Señor en su Palabra? No estoy abogando por la abolición de los ritos, abogo por que éstos se pongan al servicio del espíritu de la comunidad que se reúne a celebrar su fe.

Una mirada hacia el nuevo Templo. Con la segunda parte del gesto profético, Jesús revela el nuevo Templo donde Dios habita. El nuevo Templo es Él y el ser humano al que Dios hace partícipe de una vocación de trascendencia y eternidad al asociarlo al triunfo de la vida sobre la muerte obrado a través de la entrega generosa del Hijo.

Los judíos que increpan a Jesús cuando éste expulsa a los mercaderes e invita a destruir el templo siguen pensando en edificios materiales: “Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?” Pero Jesús está revelando un templo inmaterial que no se construye con piedras sino con la experiencia honda de ser y sentirse habitado por el mismo Dios que resucitó al tercer día a Jesús. La construcción del Templo en tres días es una bella metáfora para anunciarnos que lo que nos hace templos de Dios es la experiencia de haber muerto y resucitado con Jesús y de participar del misterio de su vida entregada por toda la humanidad.

La revelación de la segunda parte del gesto profético de Jesús se prolonga en el tiempo hasta hoy. Él es el Templo y nosotros, los seres humanos, somos templos donde habita Dios. Esta revelación tiene dos implicaciones para la comunidad de los creyentes: la primera, cuidar con mimo al ser humano que somos porque está habitado por el Espíritu y ha de ser un icono que trasparente al Dios que nos ha elegido para poner su morada. Segunda, reconocer y proteger la vida de los demás porque, independientemente de su condición y situación, son un templo del Señor. ¡Qué bueno sería que las flores que adornan los altares de nuestros templos materiales se convirtieran en flores de justicia, respeto, inclusión, amor, ternura y compasión para adornar la vida de tantos hermanos y hermanas que, en no pocas ocasiones, están en las puertas de nuestros templos!

Pidamos a Dios que nos habite para ser sus templos y que nos dé una mirada limpia para reconocer que el otro es también un templo habitado por Él.